



Gilles Rozier

De un país sin amor



alianza Literaria

Gilles Rozier

De un país sin amor

Traducido del francés por Alicia Martorell

Contenido

De un país sin amor
Traducción de los poemas
Agradecimientos
Créditos

*Para Szulim Rozenberg.
En memoria de zayn Varshe*

1

Me está pidiendo, joven, que convoque unos recuerdos que llevo años conjurando. Últimamente tenía la impresión de que había llegado el momento de dejarlos en paz, no porque me provocaran ninguna inquietud; simplemente, porque con el paso de los días, las semanas, los meses y hasta los decenios, me parecía vano querer captar una parcela de memoria, una reminiscencia que me trajera, si no consuelo, al menos paz.

Me pide que le relate un mundo sepultado para siempre, y, aunque lograra colocar los hechos en el orden exacto en que tuvieron lugar, o más bien en el que los fijó mi memoria, ¿cómo podría lograr que usted respirase un aire que ya no existe, que le llegasen los efluvios del mercado, las coles, las patatas, los pollos en sus jaulas, esperando la cuchilla del matarife, los arenques en salmuera? ¿Cómo podría reconstruir el olor persistente a tabaco de la Unión de Escritores, donde pasé mis primeros años, gateando entre las botas de un poeta de Galitzia y las de un novelista de los bajos fondos? Y aunque pudiera, ¿qué le pueden decir estos nombres, Markish, Warszawski, Singer, Rawicz, comparado con lo que evocan para mí? ¿Ha oído hablar de Zusman Segalowicz y Yejjiel Yeshaye Trunk? ¿Podemos compartir lo que el otro no conoce? ¿Cómo podría evocar aquella época y aquellos lugares en su idioma, si en las mesas de la Unión se hablaba sobre todo yídish, un poco de hebreo, el polaco para insultar y algunos otros idiomas de los confines, utilizando vocablos que algunos miembros se habían traído de sus Babilonias respectivas, jerigonzas, por

decirlo de alguna manera? El rumano, el ucraniano, el ruso le resultan lejanos, casi inexistentes, pues está inmerso en el aire de Occidente, y en cambio, son constitutivos de mi ser. Incluso después de todo este tiempo, los puedo oír, pero ¿seré capaz de reproducirlos? Más que el sonido de cada uno de ellos por separado —pues se pueden escuchar en Moscú, Bucarest, Lviv, Varsovia, Tel Aviv o Nueva York—, intentaré simplemente reproducir el conjunto que formaban todos ellos, y ya no formarán nunca más, pero no seré capaz de hacerlo tal y como lo escuché, pues siguen zumbando en mi interior, hasta volverme loca. Algunos días, quisiera librarme de ellos, que el último violín de esta orquesta dejara de resonar como los músicos de la *Sinfonía de los adioses* abandonan uno tras otro el foso de la orquesta después de apagar su vela.

Mi candil no tardará en apagarse, he logrado poner mi vida en orden, y también la de los personajes de mi infancia. Tras reconstruir sus existencias a fuerza de buscar, las he clasificado en los estantes de una biblioteca, y ahora aparece usted para pedirme cuentas. Desde la primera carta, comprendí que no me enfrentaba a un estudiante más, llegado para hacerme una pregunta sobre Varsovia, a un historiador trabajando sobre Tarnopol. Quise obligarlo a marcharse, pero sabía que el esfuerzo sería vano. No solo quería saber, sino vivir, revivir, captar en su totalidad; supe que me pediría que lo reconstruyese todo. Si omito un detalle, el color de un papel pintado, el nombre de una de las camareras de la Unión, no se conformará y pensará que he fracasado. ¿Cómo quiere que me acuerde? Hablamos de cosas que ocurrieron hace más de sesenta años. ¿Cómo podría haber almacenado tanto mi memoria? Ha venido a mí, y no a otra, pues confía en mí, dice. ¡Qué responsabilidad sobre los hombros de una anciana! No es posible acordarse de todo. Y, aunque lo fuera, ¿cómo explicar que mientras Peretz Markish declamaba *El montón* en la Unión de Escritores, en el 13 de la calle Tłomackie, una libra de

higaditos de pollo costaba tres marcos polacos en los puestos de la calle Miła y el gran Sh. An-Sky exhalaba su último suspiro sin haber podido estrenar su *Dibuk*? Una miríada de pequeñas cosas insignificantes se agita en mi interior, a veces me cuesta organizarlas, por eso he buscado tanto, por eso he clasificado tanto. Y, con todo, ¿cómo voy a mostrar la complejidad de un reino que ya no existe? Porque nací en un reino judío, ya ve, en una ciudad en la que era posible, durante toda una vida, hablar únicamente este idioma surgido un milenio antes a orillas del Rin y aclimatado a orillas del Vístula, o al menos eso creía. Un reino con sus señores y sus siervos, sus fronteras y su territorio: el idioma. No soy matemática, las construcciones intelectuales heredadas de los griegos me asustaban cuando traté de aprenderlas en la escuela elemental, pues desembocan en infinitos, las cifras son abismos, he huido de ellas, puedo contar hasta diez, hasta cien, quizá; mil y diez mil son altitudes respirables, pero más arriba me tambaleo, me quedo sin aliento. Estos vértigos no se deben a mi edad avanzada, temo perderme en lo inaccesible, de la misma forma que no puedo vivir en el campo, pues me da pánico contemplar el cielo, la multitud de estrellas que se ven de noche me resulta insoportable. Alzando los ojos hacia la bóveda celeste, tomo conciencia a mi pesar de nuestras vidas minúsculas y de la imposibilidad de abarcar estos astros con una sola mirada. El hombre debía tener una descendencia numerosa como las estrellas del cielo, fue la promesa del Génesis, y se ha cumplido. Somos más de seis mil millones en esta Tierra, pero hace unas decenas de milenios la humanidad solo era una familia, cien mil individuos en tiempos de los neandertales. Ahora los hombres son innumerables, podemos acceder con el ordenador a un contador que es como un reloj. Lo abrimos por la mañana a las diez y somos 6.650.280.127, nos alejamos unos minutos, el tiempo de servir una taza de té, nos sentamos a disfrutar de ella, volvemos a mirar la pantalla y ya somos 6.650.280.499. En un

segundo, lo que tarda la cuchara en dar tres vueltas dentro de la taza de porcelana fina, somos 372 seres humanos más. Cada día nacen 353.000 y mueren 200.000, y estoy hablando de cifras aproximadas: ¿cómo saber exactamente cuántos han nacido, cuántos han muerto? Y, sobre todo, ¿quiénes son? ¿Quisiera que le recitara cada día los nombres de los recién llegados y de los desaparecidos? Esta carrera insensata de la población aturde a cualquiera: ¿hacia dónde va el hombre? ¿Por qué tiene que haber tantos como estrellas en el firmamento? ¿Qué tipo de bendición supone para el planeta? ¿Qué habremos ganado cuando vivamos en torres de doscientos pisos o en ciudades subterráneas? ¿No es suficiente con descender a los infiernos después de muertos, para que tengamos que ignorar en vida la luz del día, poner nuestra morada en los mundos inferiores? ¿Cómo podría dar cuenta de esta realidad, describir día a día los esfuerzos de cada mujer para traer al mundo a cada uno de estos 200.000 niños? Es una tarea sobrehumana, no puedo. ¿Quién podría? ¿Acaso quiere volverme loca? ¿Qué demonio le posee? ¿A qué vienen estas cuentas? ¿Es que no me puede dejar morir tranquila? ¿Es casualidad que reciba su carta a un año, día por día, de la muerte del último miembro de la Unión de Escritores? Es un aniversario peculiar. El último soldado de Verdún está en portada de todos los periódicos, pero nadie habla del último miembro de la Unión. ¿Qué país lo puede conmemorar? Soy la única que se acuerda. Estoy tumbada en mi habitación, contigua a la biblioteca en la que conservo las pruebas de que este reino existió realmente. He clasificado las revistas, los folletos, las fotografías, los manuscritos que fui recogiendo durante toda mi vida para estar segura de que no había soñado, de que la Unión de Escritores y Periodistas Yídish de Varsovia existió realmente, que allí se escribió y declamó en yídish, que no había perdido la cabeza. Tengo todas estas pruebas en la biblioteca que está junto a mi dormitorio. A veces, a menudo, siempre, casi todos los

días, en realidad todos los días, entro allí apoyada en mi bastón, me siento en el sillón art decó tapizado en rojo teatro que he colocado en el centro, me hundo en los cojines aunque luego me cueste mucho levantarme, inclino la cabeza hacia atrás como para contemplar el cielo, pero, a Dios gracias, este lugar tiene un techo, mi firmamento es blanco y un tanto amarillento a causa de los años, estriado de madera, pues las vigas están al aire; me quedo sentada en el centro de la habitación, las paredes están tapizadas con mis reliquias, libros de cuando mi padre estaba vivo, pero su vida es mi vida, he sobrevivido para que siga existiendo, mientras yo viva, vivirá, me quedo en el lugar que quisiera tener como tumba. ¡Quién pudiera ser una princesa egipcia, inhumada con los objetos de su vida, los libros, los manuscritos de mi padre y los de sus amigos! Se dice que los objetos son inertes, pero es mentira, no se crea que no pueden percibir la fuerza de las cosas. Siempre me han parecido personajes. Me he rodeado de mis objetos queridos. Un azucarero sobre la mesa que no me gusta me puede amargar el día. Una mancha en el sofá y mi mundo se viene abajo. Me dirá que si mi mundo ya se ha hundido, ¿cómo puede hundirse más? Así es: no puedo permanecer indiferente ante las cosas. Por esta razón he reunido estos documentos y vivo en medio de ellos. Todos los días me siento en el sillón rojo que encontré en un anticuario de Varsovia, a fuerza de buscar. Era uno de los que amueblaban el vestíbulo de la Unión de Escritores y milagrosamente escapó a la destrucción. La calle Tłomackie fue arrasada, de la imponente sinagoga solo queda un montón de piedras. Durante un tiempo, solo quedó de ella un trozo de pared y el gran candelabro de siete brazos apenas torcido, una imagen que dio la vuelta al mundo, símbolo de la destrucción de mi reino judío. El sillón rojo sobrevivió. No es que se salvara el edificio que lo albergaba. El 13 de la calle Tłomackie no sobrevivió a las bombas, los lanzallamas, la liquidación del gueto en la primavera de 1943, el aplastamiento

de toda la ciudad de Varsovia tras el alzamiento de agosto de 1944. El sillón fue a parar al sótano. Quizá sirvió de descanso a un combatiente durante el alzamiento. Porque quizá acabó en el cuartel general de los insurgentes, en el sótano del 13 de la calle Miła. No he podido saberlo, pregunté a los supervivientes, a Marek Edelman, de Łodz, a Antek Zuckerman, en un kibutz de Galilea. Me decía que Mordje Anielewicz quizá fumó allí su último pitillo antes de suicidarse, pero no es posible saberlo. Encontré el sillón en un mercadillo de la calle Obozowa. Sigue existiendo, puede comprobarlo, si lo desea. Estoy hablando de la Varsovia actual, de la ciudad terrenal poblada de polacos, no de la ciudad celestial que ya solo existe en los estantes de mi biblioteca y en mi memoria, le hablo de la que encontrará si toma un avión rumbo a Warszawa, capital de la república de Polonia, 1.655.000 habitantes, según la edición de 1994 de mi diccionario de nombres propios, pero está claro que desde entonces la población ha cambiado. Algunos varsovianos murieron, otros nacieron, no dejan de llegar al mundo y de abandonarlo, es una carrera insensata entre el tiempo y la humanidad, no puedo seguir el ritmo, la idea me da unas jaquecas espantosas, y debo cuidarme. Soy muy mayor, ¿sabe? Por eso no me gusta esta ciudad: no deja de cambiar, no se queda quieta cuando yo la querría congelada como en mi recuerdo. ¿Cómo es posible que Warszawa siga viviendo cuando mi Varshe ha muerto? Cuando vi el sillón en el puesto de una anciana de mirada astuta, reconocí uno de los asientos en los que los invitados importantes se dejaban caer esperando a que les sirvieran el té. La tapicería está un poco gastada, hay una quemadura de cigarro en el brazo derecho. ¿Quién la hizo? ¿Qué escritor fogoso en el frenesí de una justa literaria dejó que la brasa se hundiera en el terciopelo rojo? Nunca lo sabré, pero los imagino uno tras otro, Hersh Dovid Nomberg, Melej Rawicz, Hillel Tseytlin, Israel Joshua Singer, Itshe Meir Vaysenberg. O quizá una mujer, la poetisa Rojl Korn, cuando

venía desde su pequeña ciudad para ver a su amante, o una mujer de la vida llegada del brazo de un dramaturgo mujeriego. Cuando vuelvo a leer a uno de aquellos escritores, lo veo sentado en el sillón, estoy con él a través de la literatura. Fijo la mirada en la quemadura y accedo a aquel mundo, estoy allí de nuevo, soy el humo de su tabaco, revoloteo entre aquellos personajes.

2

Me había diplomado en una de las escuelas francesas de gestión más famosas, mi carrera profesional estaba trazada de antemano. Tras la graduación, al día siguiente, estuve hojeando el anuario de antiguos alumnos. Me imaginaba que en unos años sería uno de esos directivos que llenan de dinamismo nuestra economía. Tendría un piso muy grande, un buen coche, viajaría cuando me apeteciese, solo tendría que comprar un billete con el destino de mi elección, lo pagaría con mi tarjeta de crédito.

Encontré fácilmente trabajo en un banco, y el día en que crucé el umbral de la opulenta institución sentí un choque brutal. No lograba considerar como objetivo de una existencia pasar todo el día gestionando el dinero de los demás en beneficio de un accionista que ya tenía más que suficiente para vivir. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Por qué había tenido que llegar hasta allí para averiguar que mi vida no era eso? ¿Qué era mi vida, entonces? Un futuro radiante se había transformado en pesadilla. Cuando trataba de imaginarme en el futuro, ya no veía carrera brillante, ni piso inmenso: no veía nada. Nada. O veía un monstruo sin rostro. Creía que nunca podría escapar del

banco, de los días que pasaban mirando el reloj, mientras otros jóvenes cachorros gastaban toda su energía intentando que sus jefes se fijaran en ellos.

Al finalizar la jornada, en esos días que se parecían a noches de cárcel, recorría los mercadillos, los librerías de viejo, utilizaba mi salario para comprar libros, postales, objetos del pasado. Me paseaba por Trocadero, me refugiaba en la arquitectura de los años treinta. Hay quien califica este estilo de mussoliniano, pero no tengo la culpa de que aquellas líneas puras hubieran vivido su momento de gloria mientras Europa se abandonaba a todo tipo de fascismos.

La acumulación de cosas antiguas era mi forma de huir del presente y de la angustia del futuro. El pasado era un valor seguro: sabíamos de antemano lo que nos podía ofrecer. Ravailac había asesinado a Enrique IV, Charlotte Corday había ajustado cuentas con Marat, aquellos momentos habían cambiado el rumbo de la historia de la nación, pero los hechos más aterradores no pueden dar miedo cuando pertenecen al pasado. Me alimentaba de estos sobresaltos, pero sobre todo de convulsiones minúsculas a la escala del mundo, pero considerables a la mía: la historia familiar. Aquel pasado sí que me daba miedo. Yo era la culminación de una sucesión de muertos. Como si una maldición pesara sobre mí: era el último. La hecatombe había empezado antes de mi nacimiento. Mi padre era huérfano. Sus padres habían muerto con una semana de intervalo, de gripe. Sí, de gripe. Es tan estúpido que apenas si me atrevo a contarlo. Ni siquiera había sido durante una gran epidemia. La enfermedad había causado relativamente pocas víctimas, pero mis abuelos se contaban entre ellas. Es más: la gripe los había matado durante la guerra. ¿Cómo se puede confesar una cosa así? ¿Cómo es posible morir de esta forma mientras tantos morían en el campo de batalla, en los caminos del Éxodo, bajo las bombas, fusilados por resistentes, deportados y asesinados, ajusticiados por colaboracionis-

tas? ¿Se puede pensar de una persona muerta en 1943 que ha sucumbido a unas fiebres?

Mi madre nunca conoció a la suya, que murió de parto. También durante la guerra. Quizá mis padres se conocieron de esta forma. Estas muertes estúpidas los acercaron. El único abuelo que quedaba con vida cuando nací murió cuando tenía seis años. Su desaparición fue menos estúpida: un cáncer, aunque era relativamente joven. Hubiera podido parecer una muerte ordinaria en otra familia, pero en la nuestra se vivió como una crueldad del destino. Apenas si me acuerdo de su muerte. Me viene una imagen de mi madre llorando mientras yo me decía: «¿Qué habré hecho para que esté tan triste?». Había nacido en la muerte: sobre los míos reinaba desde mucho antes de mi nacimiento la desaparición de tres parientes, imperio que se vio reforzado por la muerte de este abuelo. Era hijo único, una corona complicada de llevar. Mi madre lo era también, y mi padre solo tenía una hermana que no había tenido hijos.

Nadie llamaba nunca a nuestra puerta. ¿Quién habría podido hacerlo? Mis padres fallecieron a su vez durante mi adolescencia. El ataque al corazón de mi padre, a los cuarenta y dos años, la edad que tenían sus padres cuando se los llevó la gripe, no sorprendió a nadie. No había hecho nada en su vida que hiciera pensar que llegaría a viejo. Mi madre le siguió seis meses más tarde. No estoy seguro de que muriese de pena: esta acumulación acabó con ella. ¿Y yo qué pintaba en esta situación? Estaba solo, no sabía nada de mi familia. ¿Qué sabemos a los diecisiete años de las generaciones anteriores? ¿Cómo podemos acceder a las alegrías y las penas de una dinastía que no existe? No había vivido esas reuniones de parientes que discuten y se arrojan a la cara secretos de familia. No sabía nada de nada, salvo lo que me pudiera decir el libro de familia. Padre nacido en París de una madre originaria de Boulogne-sur-Mer y de un padre de Versailles. Madre nacida en París de

un padre nacido en Burdeos y de una madre nacida en Varsovia.

Varsovia. Esa era la sorpresa. Mi abuela materna no era francesa. Se llamaba Anna Janowska. Mis padres nunca me habían hablado de ella, pero tampoco la habían conocido. Jamás escuché ni una palabra en polaco en boca de mi madre y no recordaba que hubiera recibido cartas procedentes de aquel país: Polonia. Varsovia era el nombre de una capital, no significaba nada hasta que lo vi escrito en el libro de familia.

Mi madre murió el año en que acabé el bachillerato. Estaba a punto de cumplir dieciocho años. El juez de familia consideró que no tenía sentido plantearse una tutela para unas pocas semanas, así que me quedé en la casa familiar, solo con mi luto y con mi incómodo descubrimiento. La sensación de soledad me abrumaba. No había nadie para decirme qué camino debía tomar en la vida. Cualquier otro lo habría considerado una suerte, pero yo temía que esta libertad, unida a la desesperación, me volviera loco. Me aferré a los deseos de mi padre, más allá de la muerte. Toda su vida fue agente de seguros, y soñaba con que yo fuera banquero. Banquero, es decir, director de un banco. Seguí su voluntad como un coche cuyo conductor ha perdido el conocimiento y sigue su marcha, impulsado por la inercia. Di todos los pasos necesarios. Logré aprobar con éxito las pruebas de acceso a una gran escuela. No descubrí mi error hasta cinco años más tarde, en la mañana de mi primer día de trabajo: no estaba hecho para esto.

Entonces, descubrí casualmente en un librero de viejo un libro en francés publicado unos diez años antes. Un dibujo de Marc Chagall, en la cubierta, me llamó la atención: una torre Eiffel y, encaramado a ella, un hombrecillo agitando una bandera negra. Otro hombrecillo, a caballo en la cima de la torre, desplegabla una banderola en hebreo. Era una imagen jubilosa. La obra tenía un nombre extraño: *Kha-*

liastra. Y debajo: Varsovia-París. Lo que llamó mi atención fue la palabra Varsovia. Hojeando el libro, me detuve en *El mundo en la pendiente* de un tal Uri Zvi Grinberg, poeta del que nunca había oído hablar. Unas líneas leídas de pie en la librería me convencieron para comprar la obra. Una lluvia cerrada azotaba el suelo de París. El cielo estaba sombrío. Volví a casa y me serví una taza de té. Había encendido el fuego en la chimenea del gran salón familiar, en el que estaba yo solo. Leer frente al fuego era uno de mis placeres favoritos, así que intentaba tener buena conciencia: iba a todas partes en bicicleta y podía permitirme producir un poco de dióxido de carbono en la chimenea. Estaba sentado en mi único sillón, también art decó, también rojo, y había abierto mi libro recién adquirido por la página de *El mundo en la pendiente*.

*Madre, venimos aquí de un país sin amor,
donde Dios no está.*

Diluvio en la mente y ocaso en la sangre.

*La tierra sombría es un ciego planeta.
¡Ay de ella, que yace tan negra
bajo casas y pies!*

*Ya quisiera abrir ojos y labios bramando:
¡Ay de mí, desde el Génesis hasta hoy!*

*Y el cielo es malvado,
¡tan sombrío y malvado!
Y no da de mamar a los labios del árbol
de su seno nuboso.*

El poeta expresaba con sus palabras angustias que me resultaban familiares: la sensación de quedar atrapado en un mundo que no podía controlar: mi mundo. Yo era Uri Zvi Grinberg. El hombre arrastrado era yo. Porque tras la muer-